Dictadura del Proletariado, Revolución Permanente y Guerra Revolucionaria

Por Groupes Ouvriers Communistes

Este texto esboza sus puntos de vista sobre el Estado y la Dictadura del Proletariado. Muy adelantado a su tiempo, no solo anticipa las teorías de análisis de la forma de los Estados de la década de 1970, sino que también tiene la novedad de desarrollar una de las primeras concepciones claras de los Consejos y la Dictadura del Proletariado como un anti-Estado. Publicado originalmente en **"*L'Ouvrier Communiste*, No. 12, Octubre 1930"**.

¿Qué debe hacer el proletariado para romper sus cadenas, para conquistar su libertad de una vez por todas, para transformar la sociedad capitalista, basada en el beneficio de una minoría, es decir, de la burguesía y su aparato estatal, en una sociedad comunista, una sociedad en la que la producción pueda desarrollarse libremente para satisfacer las necesidades de toda la gran comunidad trabajadora? Es seguro que tendrá que destruir, barrer, el aparato estatal parásito que representa un inmenso pulpo burocrático, policial y militar, que mantiene apretados en sus tentáculos a toda la sociedad y a todas sus actividades. Este hecho es necesario en la medida en que sabemos que el Estado actual es un arma formidable en manos del capitalismo poderosamente concentrado, un arma de dominación, corrupción, represión y a veces terror. Cuando la clase trabajadora haya destruido este colosal aparato, ciertamente después de una lucha feroz y violenta, aparecerán problemas de extrema gravedad. ¿Cómo podrá el proletariado librar y continuar su lucha contra los restos burgueses, contra la infección individualista que seguirá viva durante cierto tiempo en ciertos estratos sociales pequeñoburgueses, ya sea en la ciudad o en el campo? Y finalmente, ¿qué podrá hacer la clase trabajadora si se encuentra aislada en un solo país para liderar la revolución? Estos problemas son de suma importancia en la medida en que, si no se resuelven, será imposible para el proletariado triunfar definitivamente; y son, por lo tanto, objeto de agudas polémicas en el campo obrero. Dada la forma en que se desarrollan hoy el Estado burgués y sus tendencias parasitarias, la teoría de la democracia universal, que ve en el Estado una manifestación cada vez más amplia de la conciencia colectiva, una expresión cada vez más auténtica del pensamiento de la mayoría, parece inconcebible. El sufragio universal, que en manos de los magnates capitalistas representa un terreno blando en el que pueden inscribir su voluntad por medio de la corrupción moral y material, del arma de la publicidad que se encarga de formar la opinión pública, ciertamente no es una demostración tan brillante de la corrección de esta teoría. El paso gradual del Estado al no-Estado, es decir, su absorción progresiva en la organización social, es rotundamente negado por los hechos. Más bien es cierto lo contrario: la absorción de todas las actividades económicas y sociales por este aparato, el consiguiente aplastamiento de todas las energías colectivas, de todas las nuevas iniciativas, por este enorme aparato de parásitos que, no produciendo nada, colaboran con el capital en la limitación del desarrollo productivo. Todas las formas legales de asociación terminan siendo absorbidas por este aparato: los sindicatos, las cooperativas y el resto, son anexadas al Estado por la formación de un Estado burocrático por encima de ellos. La burocracia se presenta así como el aspecto típico del Estado

burgués actual, es, diríamos, casi su esencia misma. No podemos, por lo tanto, hablar hoy de asociaciones libres que se desarrollan como Kropotkin hablaba de ellas en su tiempo, no podemos hablar de comunidades que, en un terreno pacífico, desarrollan sus actividades, que influirán gradualmente en el contexto social. La actividad legal siempre termina transformándose en actividad en favor del Estado burgués y del capitalismo. Todas las teorías de la revolución pacífica fracasan y el fascismo, que es la reacción clásica de la época contemporánea, demuestra claramente que, cuando la influencia del Estado se debilita, cuando sus bases parecen estar socavadas, el capitalismo se asegura, con formaciones extra-legales, de fortalecerlo e incluso de aumentar sus prerrogativas. El desarrollo gigantesco del Estado es general, y no hay excepción ni siquiera en un solo país. La democracia tradicional de América e Inglaterra, por la que Marx parecía tener simpatía, se ha transformado, como el análisis de Lenin en El Estado y la revolución, en un Estado burocrático que ha absorbido totalmente el sindicalismo en su aparato.

Clásicamente, se ha demostrado que el Estado –el Estado monárquico, el Estado republicano, el Estado democrático, el Estado socialdemócrata, el Estado bolchevique– tiene una tendencia inexorable a desarrollarse. Una incursión en el terreno de la historia demostraría la verdad de esta afirmación. Las afirmaciones de Bakunin a este respecto son muy perceptivas. Parece que, cuando habla del reemplazo del Estado moderno por otro Estado, un Estado revolucionario o un Estado obrero, está presagiando, con un ojo profético y profundo, la formación de un nuevo Estado. Por otro lado, nos parece que un examen cuidadoso de la teoría marxista debería llevarnos a considerar la dictadura proletaria no como un Estado, sino como una forma de organización que ya no es el Estado. Es cierto que esta expresión es todavía utilizada por el propio Marx, pero también es cierto que ve este Estado como la clase, como el proletariado en su unidad. Y, por supuesto, su concepto ya no se refiere al Estado clásico, burocrático, etc., sino a una organización especial de la clase que participa en su conjunto en las actividades sociales y económicas. Esta formulación marxista expone claramente la mentira de esos teóricos escolásticos que, partiendo de la premisa de que el Estado es producto del conflicto de clases, hablan en consecuencia de un Estado burgués y de un Estado proletario, reuniendo las dos formas en su interpretación, y considerándolas casi idénticas. Trotsky llegó precisamente a esta interpretación pedante y errónea del marxismo o, más exactamente, del método de Marx. A muchos trabajadores anarquistas no les gusta lo que llaman el lado autoritario de la doctrina marxista precisamente porque la escolástica socialdemócrata le ha dado una interpretación pedante y falsa. El propio Lenin encarna auténticamente esta escolástica, ya que le lleva a ver la dictadura proletaria como un aparato burocrático que, como el viejo aparato burgués, tendrá funciones represivas.

Sin embargo, los escolásticos socialdemócratas y bolcheviques no se dan cuenta de la diferencia sustancial entre la dictadura proletaria y el Estado en general. La dictadura proletaria no es una organización de represión, es una forma de liberación, no lucha por reprimir las energías, las iniciativas materiales y espirituales colectivas de los trabajadores; está, compuesta de trabajadores, es un medio para desarrollar estas energías y conducir estas iniciativas hacia la emancipación total de todos los prejuicios individualistas. La clase trae consigo un elemento precioso, a saber, el principio ético del trabajo, una profunda diferencia de calidad. La clase proletaria como unidad, y no como individuo o minoría, no tiene, por supuesto, ningún interés en la explotación.

Como unidad, como mayoría en principio y como totalidad más tarde, trabaja para transformar el proceso de producción y, en consecuencia, el conjunto social, creando una sociedad de simples productores de riqueza social, material e intelectual. Esta profunda diferencia entre las dos clases implica una diferencia igualmente profunda entre el Estado burgués y la dictadura proletaria. Lenin destaca de manera incompleta cierta diferencia entre estas dos formas, pero solo en teoría, porque en la práctica, su aparato estatal no es diferente del aparato estatal burgués. En la Rusia bolchevique, el Estado que se extingue se convierte en el Estado que crece. Es cierto que, en última instancia, la Revolución Rusa puede definirse como una revolución burguesa llevada a cabo por el proletariado, y que, en consecuencia, la forma del Estado en Rusia solo podía adquirir un carácter burgués, pero también es justo afirmar que el término "Estado", que Marx todavía adoptó, aunque fuera para el Estado reducido a su expresión más simple, o para la clase organizada como clase, ya no puede ser aceptado hoy después del tremendo desarrollo del proletariado, después de la experiencia de la lucha de clases.

La dictadura del proletariado o democracia proletaria no puede ser un Estado, no debe ser un Estado. En efecto, no puede tener el carácter burocrático, policial o militar del Estado burgués. El término dictadura, que tanto asusta a los trabajadores anarquistas, adquiere su significado y valor solo en la medida en que implica el uso de la violencia contra las capas parasitarias, contra los intentos de retorno al capitalismo, así como el terror también contra las fuerzas burguesas. No puede adquirir un carácter burocrático en la medida en que serán los consejos y solo los consejos, que no deben separarse de su base viva: la fábrica, el lugar de trabajo, los que tendrán que ejercer su función de dirección de la producción y de la sociedad. Los consejos, que los trabajadores deben, podrán controlar sin cesar, los consejos cuyos elementos deben ser continuamente renovados, cuyos delegados a los niveles federales de los consejos nunca deben ser los mismos, lo que asegurará que no abandonen su base viva: la fábrica, y que no se separen de sus raíces, es decir, de su fuente de fuerza y actividad, ya no podrán ser formas burocráticas. Cualquier actividad que implique sobrepasar estos límites debe, si es necesario, asumir un carácter provisional. Esta dictadura proletaria no será una dictadura policial, no necesitará crear una Cheka y una GPU, los consejos y solo los consejos, con las masas trabajadoras, en contacto permanente y vivo con esta masa de fábricas, aplicarán medidas no de orden, sino medidas revolucionarias contra el enemigo de clase y contra los traidores. La policía no tiene nada que ver con la dictadura del proletariado: esta última no la necesita, hará su revolución, su revolución permanente, sin la colaboración de este órgano inútil y peligroso. En efecto, esta revolución permanente es precisamente una lucha continua contra la burguesía que todavía está viva incluso después de la primera derrota, contra el Estado que sigue vivo después de su aplastamiento, como tradición. La revolución permanente falsificada por Trotsky es el ascenso continuo del proletariado a alturas sublimes, es la absorción continua de la sociedad en la ética del trabajo. Es un ascenso sin etapas reales, una marcha hacia adelante en el curso de la cual se crea la nueva sociedad. Y es sobre todo una lucha, una lucha violenta y una lucha de mentes: pero entonces, ¿necesitaremos armas, un ejército permanente? Armas, sí, y todas las armas; pero un ejército permanente, no; armas para todos los proletarios, en todas partes en las fábricas, o en los depósitos vecinos. Es el proletariado en armas. En efecto, si la clase trabajadora ha hecho su revolución en Italia, no podrá limitar este desarrollo dentro de las fronteras de la patria burguesa. Por el hecho mismo de que la revolución está presente, las fronteras ya no existen, la patria ha muerto, y como los proletarios no

tienen patria, la revolución proletaria no tiene patria. No solo no existe una patria proletaria, sino que la revolución en curso es una guerra civil permanente dentro y fuera, o, más precisamente, es la lucha contra la burguesía internacional.

Para una genuina revolución proletaria no hay salida en el compromiso. Los capitalistas de las otras patrias burguesas, bajo cuyo talón nuestros hermanos se impacientarán en todas partes, querrán aplastarnos, no como Italia, por supuesto, sino como revolución. Como Thiers y Bismarck hicieron con la Comuna de París de 1871. ¿Nos comprometeremos? Nosotros, los proletarios armados, el ejército que incluye a todos los trabajadores, una parte de los cuales creará los medios de lucha y otra parte los empleará, ¿aceptaremos que la burguesía regrese, de una forma u otra, al terreno que les hemos arrebatado, renunciaremos a la libertad que hemos empezado a crear? ¡No, mil veces no! Y antes de que el enemigo capitalista lance la ofensiva, nosotros, apelando a los proletarios de todos los países, sin esperar a que el adversario recupere el aliento, implementaremos la guerra civil en el frente internacional, la guerra revolucionaria contra la burguesía internacional. En Italia, en 1920, muchos dudaron en comenzar la revolución porque pensaron que no habría podido defenderse. Fue de aquellos que más tarde formaron el Partido Comunista de quien vino, a través de la pluma de Sanna, que hoy impone un silencio prudente y respetuoso hacia el régimen, un intento de probar, en la polémica con los serratianos, la posibilidad de una defensa de Italia en caso de revolución. Pero nadie pensó que la revolución proletaria tenía que ser ofensiva para defenderse, nadie pensó que la revolución de los consejos, por su propia naturaleza, es una revolución permanente, que es una guerra civil contra el capitalismo en el país y en el extranjero, que es una guerra revolucionaria. Todo el mundo temía asustar al proletariado considerando demasiados grandes sacrificios, de colocarlo ante la realidad irrevocable: la lucha sin cuartel, la lucha o la muerte. Esta falta de confianza en la posibilidad del heroísmo de la clase proletaria es característica de los marxistas ortodoxos en el momento de la lucha. El Congreso de Milán de septiembre de 1920 dio una clara prueba de ello. Y sin embargo, el marxismo, o más bien el pensamiento de Marx, es claro y preciso: la frase de Danton es su consigna en la acción revolucionaria: audacia, nada más que audacia. Pero los marxistas ortodoxos nunca han creído demasiado en la posibilidad de un ascenso proletario, siempre han esperado y todavía esperan a la manera socialdemócrata, a la manera bolchevique, de implementar su política de compromiso aprovechando los movimientos, las revoluciones, que siempre piensan que pueden detener en el momento adecuado, valorizando ad usum delphini, naturalmente.

No tememos, y no temeremos, hablar esta verdad y también creemos que las masas proletarias, al luchar contra la burguesía y los aliados de la burguesía, podrán cumplir su misión histórica en la historia, consciente y heroicamente.

Y en la próxima revolución no tomarán el camino de la "NEP", sino el de la ofensiva revolucionaria, de la guerra civil contra la burguesía internacional. Y para los saboteadores de la acción revolucionaria, para los aliados del capitalismo de todos los colores, el proletariado reservará el plomo como para la propia burguesía.

Groupes Ouvriers Communistes